



Itinerario acústico

Francesc Daumal i Domènech, Arturo Campos y Anna Casas i Portet
Depto. Construccions Arquitectòniques I, ETSAB, Avda. Diagonal 649,
08028 Barcelona

Abstract

An acoustic Itinerary is a journey through architectonic, urban, and landscape spaces. In those spaces the designer has been worried about defining the personality and differences between spaces by means of sound. There are proposed some examples applicables to daily ambients.

Introducción

Como ejercicio de análisis previo al diseño espacial, se resumen dos itinerarios acústicos, que consideran la importancia del recorrido por los espacios basados fundamentalmente en la audición, y que en algunos casos pueden llegar inclusive a sobrepasar el aspecto estético y compositivo del orden visual en la arquitectura. Espero que el lector aprecie en estos ejemplos la labor de investigación sobre el espacio acústico basada en numerosas experiencias que hemos realizado sobre escuchar la arquitectura.

Abstracción (A.C. i P.)

Esta noche quiero descubrir un lugar nuevo, un lugar en el cual las palabras tengan respuestas, un lugar donde los mensajes lleguen a su destino, un lugar donde toda la información existente sea aprovechable. Le doy vueltas y más vueltas, cuando puedo escuchar con atención el ruido, y me esfuerzo por apreciar algún sonido, lo único que destaca es alguna instantánea que parece conseguir una tonalidad, pero siempre forzada. De pronto percibo como una nota que fluctua pero desaparece, sucede en la entrada de mi edificio, claro sus envolventes son lisas y duras y, por casualidad, el butanero ha soltado de golpe una bombona en el suelo y ha producido justo la excitación adecuada. Mi curiosidad me hace una trastada y me obliga a levantar un poco la bombona y la suelto, entre los nervios típicos de la interpretación y el terror de que me descubran sus dueños, no he oído nada.

Esta situación me está cansando, no quiero seguir. Aunque exista un sonido para mí, sé que no estaré en el lugar preciso ni en el contexto adecuado.

Salgo a la plaza, me siento en un banco, pero me levanto seguidamente, no hay cosa que me moleste más que oír una conversación a medias y sin querer escucharla. Parece que ahí hay un lugar tranquilo. Bien, ya estoy en el lugar estratégico, y con asombro descubro que en realidad se está bien. En frente veo a un grupo de personas que mantienen una conversación muy jocosa, esto me divierte, más al fondo hay un par de fuentes que me tamizan los sonidos, ¡continuamos bien! Pero mi ilusión se esfuma ya que no hay nada más por descubrir, y para terminar se paran las fuentes. No es mi día de suerte, el agotamiento me vence, pero mi picardía me hace levantar y avanzar hasta...

Lo que realmente ahora alcanzo es mi imaginación. Todo empieza a tener carácter, ahora sí que me gusta, primero de fondo se oye una música maravillosa, luego a mi lado tengo una agradable compañía y al frente veo el edificio de mis sueños, donde nos dirigimos "ipso facto", sin ninguna duda. Nos recibe un hall con superficies especulares y el suelo ricamente alfombrado, donde una sensación de comodidad me inva-

de al pisarlo. Para abrir la puerta de acceso se requiere un enorme esfuerzo pues es muy pesada, al cerrarse nos giramos por el golpe que ha producido con gran seguridad. Una vez dentro notamos el confort del ambiente y, casi como si lo hubiera previsto el arquitecto empezamos a conversar sobre las características materiales, ya que empiezan a convertirse en espirituales, pues no sé porqué nuestras voces forman parte del espacio. Parece que la arquitectura nos recibe tal y como nos hemos presentado, agradecidos decidimos silenciar y atender a su bienvenida. ¡Qué lástima! No la hemos comprendido bien, será porque aún no tenemos los oídos sintonizados, pero no nos preocupa demasiado puesto que algo nos dice que hemos de seguir avanzando, que más adelante ya comprenderemos su mensaje. Pasamos a un pasillo de pequeñas dimensiones, nuestros pasos parecen perseguirnos, al fondo hay algo, seguimos andando con mucha seriedad, ni se oye ya la música de la entrada ni se nos ocurre decir nada. Una mirada de reojo entre ambos nos une en la valentía de seguir adelante. Cuando nuestras vistas ya tienen mayor perspectiva, una invasión de sonido sólido nos hace reaccionar y nos detenemos al instante. Pero mi carácter se repone y doy un paso al frente para procesar todos los datos, pero ante tan poca información, entramos en un estado de risa histérica, durante unos instantes descargamos la adrenalina. Algo muy interesante nos hace reconciliar la serenidad y observar con más detalle el patio que a primera vista parecía desprovisto de lenguaje. El patio es capaz de descifrar nuestras experiencias y sin embargo sus aportaciones se pierden en nuestro cuerpo. Descubrimos una compuerta en el suelo, ahora comprendemos el sonido anterior, seguramente alguien entró hace unos instantes y la soltó de golpe.

La abrimos y nos apresuramos a bajar sin cerrar la compuerta, al descender producimos una armonía en la escalera metálica a la que se suma una elevada reverberación (estamos en un enorme espacio). Noto la necesidad imperante de encontrar sentido a nuestro estudio. Si al menos comprendiéramos algo. Ya estamos en el interior, me pregunto si se oye exactamente igual el sonido que produce la trampilla al cerrarla desde el interior o desde el patio, lo cierto es que no quiero retroceder y comprobarlo. Las paredes son muy rugosas, mis dedos no resisten tocarlas, ahora no sé donde estoy ni que me espera. Está todo muy silencioso, podemos escuchar nuestra respiración, el ambiente es asfixiante, mi inspiración se satura y mi compañía... ya no sé donde está. Se percibe un olor especial y el sonido lejano de unos cantos. Estoy ante un laberinto personal y físico. Gracias a la energía que produce la canción puedo averiguar el camino adecuado, inicio la búsqueda, me estoy mareando pero sé que estoy cerca, sí ya he llegado pues comprendo perfectamente la letra y encuentro a mi compañía, debe tener el oído más fino pues ha llegado antes, se gira al oír mis pasos y sonríe, me detengo a su lado, ahora lo comprendemos mucho más. Estamos frente a un grupo de personas que expresan sus sentimientos en voz alta y con gran emoción. El lugar es maravilloso, está impregnado de todos los sentidos. En un momento de debilidad se desliza una lágrima por mi cara, pues descubro que, en todo momento, la arquitectura ha querido comunicarse conmigo.

Una ligera ráfaga de aire fresco me despierta de mi sueño, resulta que aún estoy en la plaza, en la soledad del banco, mi mejilla está húmeda y me la seco con la mano. Tras unos momentos sigo pensando: ¿qué sentido tiene lo que me ha pasado? Cuando me recupero, me levanto, avanzo y descubro que mis zapatos producen un ritmo al golpear primero el talón y luego la puntera, a ver si de vuelta a casa encuentro un pequeño espacio donde pueda excitar el aire con cierta gracia. Mis pensamientos retornan, quien diría que hace unas horas me había propuesto realizar un análisis interesante sobre el sonido.

Concreción (A. C. R.)

Mi cita con el Parque Güell nace cada mañana con el sol. Lo he recorrido una y otra vez hasta tal extremo que creo conocerlo como la palma de mi mano. Conozco cada camino, rincón, árbol, flor, cada escultura y porqué no, cada persona que como yo, viene continuamente a admirarlo. ¿Qué tiene este lugar que lo hace inolvidable? Logra despertar una sensación de paz y encuentro con uno mismo. ¿Qué quiso decirnos Gaudí con este parque, tan aislado de la ciudad y de su ambiente, con sus formas tan maravillosas y a la vez tan misteriosas? Muchas mañanas me he preguntado esto mientras lo recorro sin encontrar explicación.

Hoy, después de escuchar el alboroto de los niños entrando en el colegio, me detuve a contemplar la entrada del parque. En ese instante, se detuvo a mi lado un señor de edad que, aún siendo ciego, caminaba con agilidad hacia el interior. ¿Qué hacía ese señor ahí? No podía comprender cómo podía disfrutar de este sitio si no era capaz de ver lo hermoso de las flores, de los árboles y la construcción misma. Movido por la curiosidad, decidí seguir su camino y descubrir lo que él era capaz de ver en este lugar. El señor pasaba hábilmente y avanzaba sin tropezar. Lo alcancé en la gran escalinata. El ruido de la gente había quedado atrás, ahora se escuchaba el ligero correr del agua de las fuentes que se mezclaba con los pasos de las personas subiendo y bajando los escalones de piedra. Era un sonar constante. La gente hablaba mientras admiraba el agua caer desde la parte más alta de la escalera pasando por las hermosas esculturas lle-



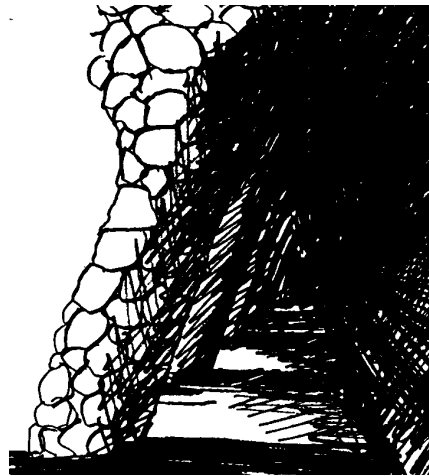
Escalinata de acceso y fuente



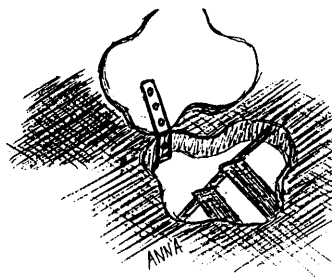
Sala hipóstila



Teatro griego



Viaductos de piedra



nas de colores brillantes. El señor se detuvo frente a la fuente, se sentó en los bancos de piedra y contempló el agua como si fuera capaz de verla. Era un sonido relajante, continuo y discreto, enriquecido con el suave susurrar de las hojas de los árboles movidas por el viento. Comenzaba a responderme mi eterna pregunta. Seguramente, Gaudí sabía que aquel sería un lugar para la contemplación, para el encuentro, y buscó que el sonido de cada gota de agua que caía por esa hermosa fuente de brillantes colores representara nuestras vivencias y nos trasladara a un mundo fantástico, donde el sonido que nos rodeara confor-

mara un paisaje único. Parecía también que después de observar aquellas esculturas de reptiles fuéramos capaces de escucharlas y oír su mensaje como si realmente estuvieran vivas y trataran de decirnos algo. Después de un largo rato, el ciego continuó su ascenso como atraído por algo. El sonido del agua desaparecía poco a poco y se confundía con el sonido ligero y melodioso de un violín que provenía de las salas de las columnas, que en una época había nacido para ser un mercado. Ahora se ha convertido en un lugar apacible donde la gente disfruta tocando instrumentos musicales y cantando. Mi amigo se paró a escuchar. Las altas columnas estriadas y las pequeñas cúpulas en el techo recubiertas por pedazos de cerámica, platos y botellas de vidrio, difundían el sonido. Mientras tanto, los niños jugaban al escondite entre las columnas, acompañando con sus risas y sus pasos al artista.

El señor continuó caminando, sabía perfectamente por dónde ir y como hacerlo. Siguió por la escalinata de piedra hasta el teatro griego, este hermoso espacio con su serpenteante banco multicolor y que parece fundirse con la ciudad a lo lejos. Había gente jugando a fútbol y el golpe del balón en la arena me hizo recordar cuando yo jugaba. La personas contemplaban la ciudad sentadas y sus voces se transformaban en un murmullo. El viento movía las palmeras y los árboles cuyas palmas y hojas se oían cantar con fuerza. Era un sitio aislado. Su gran extensión, su apertura y la vegetación que lo rodea lo protegen y lo hacen perfecto para lo que Gaudí lo creó: bailes, representaciones teatrales, reuniones, verbenas y grandes fiestas. Nos retiramos de aquel sitio, el señor primero y yo, como de costumbre, detrás suyo, callado y buscando encontrar lo que el veía y vivía. Escuchaba sus pasos serenos y el ruido de su bastón que dejaba ocasionalmente una huella puntual en la arena. Ascendíamos por los viaductos del parque. Con sus columnas inclinadas que enlazaban con el techo parabólico y se fundían con las paredes de piedra, hacían sentir que el sonido y el aire entraban por aquellas superficies porosas y se perdían dentro de ellas. En todos los sitios anteriores el sonido parecía rodearnos, era como música. Aquí quedaba absorbido por la arquitectura. De vez en cuando pasaba gente. El sonido de sus pisadas alertaba al señor que se hacía a un lado para darles paso. A lo lejos se oía el rechinar de los columpios y gritos de niños jugando. Llegamos finalmente al mirador, en la parte más alta del parque, que contempla una bella vista de Barcelona. El zumbido del viento era fuerte y la ciudad parecía muda, como si nada sucediera en ella. El parque, su espíritu y su voz dominaban la ciudad. Fue entonces cuando comprendí que aquel señor más allá de ver era capaz de vivir y escuchar lo que el parque decía. Era capaz de emocionarse al sentir lo que podía oír e imaginar. Seguramente para él ese era un lugar maravilloso, lleno de magia, que yo mismo nunca había descubierto por que pasaba rápido y me concentraba en ver una y otra vez lo que siempre veía. Pude sentir cada espacio, cada uno muy distinto y con su propia vida. Nada era casual; el agua de la entrada nos invitaba a conocernos, nos tranquilizaba. Cada forma y cada material parecía ahora cumplir una función que iba más allá de lo que se podía ver. La reverberación de la sala hipóstila era sumamente acogedora y la música del artista parecía provenir de todas partes. Cada rincón del parque tenía algo que decirnos y algo que debíamos descubrir con el alma.

El paseo de hoy me había hecho comprender que más allá de lo que podemos ver está lo que podemos escuchar. Durante años había creído conocer este sitio mejor que nadie pero realmente hoy lo he conocido; hoy lo vivo. Ví entonces que el señor hacía un movimiento para descender nuevamente, me atreví a preguntarle; -¿Viene usted frecuentemente?-

- Sí, cada mañana desde hace mucho tiempo. ¿Usted también, verdad?-

- No... es la primera vez.